

voluntad á la que le hizo someterse al sufrimiento : no nos salva sin nuestra cooperación, y nuestra redención ha de ser en parte obra nuestra, mediante su Pasión y su gracia. De su cáliz nos da á beber algunas gotas, y nos pide que repitamos con él el *fiat voluntas tua* de Gethsemani. Para el día en que delante de los ángeles pronunciará el decreto que ha de fijar nuestro destino eterno, quiere, al abrirnos la puerta del cielo, enseñar la cruz sobre la cual lo hayamos merecido, y desea decir de nosotros lo que nosotros decimos de él : « *Oblatus est quia ipse voluit*. ¿No es cada cristiano otro Cristo, *Christianus alter Christus*, y no es conveniente que nosotros sigamos las huellas de nuestro hermano mayor¹, en el camino del sufrimiento para entrar con él en la gloria?².

¹ COL., I, 13: «Primogenitus omnis creatura.»

² LUC., XXIV, 26: «Nonne hæc oportuit pati Christum et ita intrare in gloriam suam?»



APÉNDICES

Apéndice A

LA GRUTA DE LA AGONÍA¹

Hace algún tiempo que sopla en los Santos Lugares fuerte vendaval de crítica, amenazando llevarse la tradición relativa á la Gruta de la Agonía, y nos parece conveniente recordar los derechos que tiene esta tradición á que la respeten los peregrinos de Palestina.

Es menester, ante todo, precisar el lugar santo de Gethsemani «*της ἁγίας Γεθσημανίας*», es decir, del sitio que fué testigo de la agonía y prisión de Nuestro Señor Jesucristo.

Según Eusebio² y San Jerónimo, estaba situado en la parte baja del monte de las Olivas; *ad radices montis Oliveti*³, y se

¹ Consultese el plano de Jerusalén, el grabado que encabeza el libro III y el IV el plano y la vista de la gruta que van en este apéndice.

² Según la expresión de la *Crónica* de Teóphanes citada por M. de Saxe (*Dictionnaire des antiquités bibliques*), Teóphanes vivió del 751 al 818. Combens publicó sus obras en 1635.

³ EUSEBIO: *Topikon*. (Eusebio vivió desde 267 á 338).

⁴ *De locis hebraicis*. (San Jerónimo vivió del 381 al 420).—Véase BEDA: *in Marc.*, cap. XIV. (Murió en 735.)

reconocía, según San Juan Damasceno ¹ cerca de la iglesia edificada en honor de la Santísima Virgen sobre el sepulcro de esta divina Madre.

Tenemos, pues, seguridad de que el jardín, *hortus* ² y la alquería, *villa* ³, designadas con el nombre de Gethsemani, estaban en la parte baja de la pendiente occidental del Olivar, entre la iglesia del *sepulcro de la Santísima Virgen* y el puente del Cedrón enfrente del *monumento de Absalón*. El texto de San Juan ⁴, de acuerdo con la tradición, hasta parece suponerle en la orilla del torrente, y con esto tendríamos tres sitios suficientemente marcados.

Tocante á su extensión, nos es más fácil adivinarla que precisarla. Por la parte de Mediodía debía de llegar hasta el *monumento*, es decir, hasta el camino que los separaba: lo cual se entiende por la parte de abajo ó próxima al torrente. Cuanto á la parte más alta, Juan Phocas nos dice que se podía ver la iglesia de San Pedro *in Galli cantu* desde la parte alta del jardín ⁵. De donde inferimos que el ángulo Sudeste de las murallas de la ciudad no impedía la vista, y por tanto que el espectador se encontraba próximo al sepulcro de Absalón, hasta tocarlo, por decirlo así. Una ojeada al plano de Jerusalén lo probará fácilmente ⁶.

Otra conclusión. El mismo espectador debía encontrarse colocado á bastante altura para dominar igualmente el Ophel inferior, y desde allí debía subir por el camino que va desde el jardín de las Olivas al *sepulcro de los profetas*, dejando un poco hacia abajo el cementerio judío de Norte á Mediodía. El límite meridional del jardín se determinaría, pues, por una línea tirada desde el puente á este camino. El límite occidental, por el techo del torrente; el de Oriente, ó sea de la parte superior, por una paralela que corriera de Mediodía á Norte, comenzando desde el camino por encima del sepulcro de Absalón, y pasando debajo de la iglesia rusa de Santa María Magdalena.

Todo esto no ofrece dificultad, al parecer: no así el límite septentrional, según algunos críticos, que no aceptan la autenticidad de la Gruta de la Agonía. Estos hacen terminar el jardín en el camino que pasa entre la gruta y la cerca de los Olivos, el mismo que se bifurca para subir á la iglesia de la Ascensión y al *Domi-*

1 *Orat. II de Assumptione*. (San Juan Damasceno murió en 780.)

2 JOANN., XVIII, 1 y 26.

3 MATTH., XXVI, 36.—MARC., XIV, 32, dice: *pradium*, heredad.—y JOANN. (XVIII, 2): *πίττω*, la madera.

4 JOANN., XVIII, 1.

5 Citado por el P. GERMES-DERAND (*Cosmos* del 30 de Noviembre de 1889).—Juan Phocas visitó la Palestina hacia el año 1187.

6 El plano que nos ha servido para estas indicaciones es el de Thuillier, según Wilson y Sauley.

nus flevit. ¿Qué debemos pensar de esta aserción? Vamos á verlo.

Le es contraria toda la tradición, de modo que no deja lugar ninguno á duda.

San Jerónimo dice expresamente: «Hay al presente edificada una iglesia al pie del monte de los Olivos, en el lugar donde el Salvador oró antes de su Pasión» ¹. Ahora bien; esta Iglesia llamada de San Salvador, no se ha confundido nunca con la de la Virgen que estaba junta y se distinguía de ella, como resulta de los testimonios de todos los peregrinos, desde Arculfo hasta los Cruzados, ó más bien hasta nuestros días. Tampoco se confundió con los oratorios levantados en el jardín de Gethsemani ², como el del *Reposo de los Apóstoles*, cuyas ruinas vieron Sævulf y Juan Phocas ³, junto á las que marcaban el sitio de *San Salvador*. Había, pues, desde el tiempo de que marcaban el sitio de *San Salvador* edificada en el sitio en que hizo su última oración Nuestro Señor, la cual sufrió la suerte de todos los santuarios del Valle de Josaphat, arruinados por los infieles en 614. Rabano Mauro, parece decir que había sido reedificada, y se veía en su tiempo ⁴, lo que confirma el monje Teófanos en su *Crónica* cuando nos enseña que en 683 un Califa quiso llevarse de ella dos columnas para adornar la mezquita de la Meca, de lo cual le disuadieron con la promesa que el Emperador Justiniano le hizo de proporcionarle otras no menos hermosas ⁵. Según Sævulf había desaparecido de nuevo cuando la toma de Jerusalén por los Cruzados, que no cuidaron de reconstruirla ⁶. La razón de su aparente negligencia la encontramos fácilmente en la tradición tocante á ese lugar.

El sitio preciso de la Agonía era, en sentir de los primeros cristianos la cueva, encima de la cual se había edificado la iglesia de que habla San Jerónimo: «*ecclesia desuper edificata*» ⁷. Expresamente lo dice Eusebio cuando recuerda los santuarios erigidos en tiempo de Constantino sobre la gruta de Belén, sobre la

1 *De Locis hebraicis*: «Gethsemani, locus ubi Saluator ante Passionem oravit. Est autem ad radices montis Oliveti nunc ecclesia desuper edificata.»

2 Si no es por el igumeno Daniel y Juan de Wurtzburgo, como se verá más adelante.

3 SÆVULF visitó la Tierra Santa en 1102; JUAN PHOCAS fue allá en 1185. El autor de la *Citea de Jerusalem* (1187) estableció claramente la distinción entre estos oratorios. Ocho habla, según el *Commentarium de castis Dei*.

4 *In Luc.*, XXVI: «Est locus in quo oravit ad radicem montis Oliveti ubi hortus est: ubi etiam ecclesia est edificata.»

5 El califa de 683 es Yecid I; pero Justiniano II no comenzó á reinar sino en 685. Hay que rectificar, pues, la fecha que puso Theophanes y atribuir el hecho al califa Merwan I.

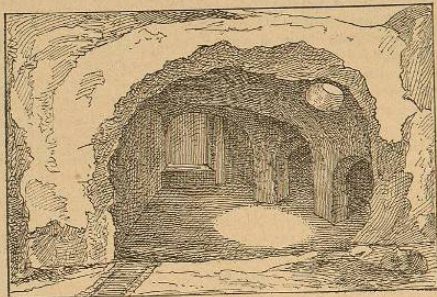
6 Aún se veían sus cimientos en 1615, según el P. Mantegazzin: «La quale (chiesa) ancor si vede in piedi.» (*Viaggio*, II, lib. II, p. 291.)

7 Como en San Pedro *in Galli cantu*. «Super eandem cavernam est ecclesia edificata», dice Juan de Wurtzburgo (1145).

del Sepulcro y «entre ambas sobre la caverna en que el Salvador había comenzado el combate de la Pasión y la victoria que salva al mundo»¹. Los testimonios de los peregrinos anteriores á los Franciscanos, no dejan duda ninguna acerca de la no interrumpida tradición.

Dejando aparte una alusión del peregrino de Burdeos, veníamos á los textos indiscutidos y concluyentes.

«En el lado del monte Olivete, dice Arculfo, no lejos de la iglesia de Santa María, hay una caverna donde se encuentran cuatro losas, una de las cuales, la que está á la entrada, servía al Señor Jesús»².



Interior de la Gruta de la Agonía.

Enseñaba, en efecto, la tradición que el Salvador venía frecuentemente á esta gruta á descansar y tomar el alimento de la noche³. Dos siglos más tarde Bernardo el Monje, ó el Sabio,

¹ Euseb.: *Orat. de laud Constantini*. «Ad extremum illud inter hæc duo interjectum (antrum) ubi Saluator totius suæ Passionis quasi certamen obibat, victoriamque mundo salutarem ab hostibus reportabat, templo extracto, illustre reddidit (Constantinus)». — MISLIS, t. II, p. 646, comete un error atribuyendo á la Ascensión la tercera basilica construida en el lugar de *quo assumptus est (Christus)*. El sentido es claro: «el lugar de donde resucitó». En el lugar de la Ascensión no hay ninguna caverna (*antrum*).

² *Relatio*, c. xv: «In latere montis Oliveti inest spelunca, haud procul ab ecclesia sanctæ Mariæ, etc. (Arculfo visitó á Jerusalén hacia el año 670).

³ Como lo recordaba la inscripción que aún vió Caresmio (*Elucid. Terræ Sanctæ*).

«Hic rex sanctus sudavit sanguinem...
Sæpe morabatur dum c...
Mi pater, si vis, transfer calcem istam a me.»

encontraba allí los mismos recuerdos vinculados *al de la oración del Divino agonizante*⁴.

En el siglo x el monje Epifanes no está menos terminante cuando nos muestra cerca del Sepulcro de la Santísima Virgen la gruta «ἐν ἧν ἠρέσθη Ἰησοῦς», en que Jesús se refugiaba con sus discípulos. Sævulf recogió en 1102 las mismas tradiciones⁵, de las que el autor de la *Citez de Jerusalem* da igualmente testimonio en 1187. En el siglo xii Bernardo de Ascoli⁶, después de haber establecido distinción entre la villa y el hortus de Gethsemaní, nos muestra la iglesia de la Agonía, edificada sobre una gruta, capaz de contener trescientas personas; en lo cual parece que exagera. Teodorico (1172), dice asimismo, que la gruta sirve de cripta á una iglesia bastante espaciosa, *ecclesia non modica*⁷.

No se pretenda, pues, que los Cruzados ó los Franciscanos introdujeron la creencia relativa á la gruta de Gethsemaní, como se dice á propósito de algunos otros santuarios. Los religiosos de San Francisco no poseyeron ese lugar sino en 1392, época en la cual el Hermano Chauvet de Aquitania lo adquirió. Así, pues, no íes era posible de modo alguno presentarlo en tiempo de las Cruzadas como un santuario privilegiado: tampoco los Cruzados pueden ser responsables de semejante invención, pues ninguna influencia pudieron ejercer sobre Arculfo, Bernardo el Sabio, el venerable Beda, ó Epifanes. Los testigos del siglo xii Sævulf, Fretelo, etc.,⁸ recuerdan las tradiciones admitidas mucho tiempo antes, y no se les puede acusar de sufrir la influencia de ideas nuevas. Preciso es, pues; atenerse á esta conclusión: que desde la época de Constantino los cristianos consideraban la gruta de Gethsemaní como un lugar santificado por la presencia de Nuestro Señor, antes de su agonía y durante ella.

Que se acepte ó que se rechace en estas tradiciones lo de las losas que vieron Arculfo y Bernardo el Sabio, ó de los vestigios quedados en la roca, según el venerable Beda y Marino Sanuto, importa bastante poco; esos son detalles que pueden desestimarse sin inconveniente, como que están fuera de la tesis. Lo que nos interesa es saber que la iglesia de San Salvador marcaba el sitio en que «Jesucristo fué á orar la noche que le prendieron y derramó gota á gota la sangre de su cuerpo, como sudor»⁹; que esta iglesia pertenecía á «un monasterio en una roca»⁷, y que

¹ «Habet quatuor mensas rotundas cænic ipsius.» (*Itinéraire*).—Bernardo escribió hacia 870.

² *Relatio de peregrinatione Sævulfi*.

³ *Descriptio Terræ Sanctæ*. (Archivos del Oriente latino, t. I, p. 223 y sigs.)

⁴ *Ibidem*, loc. cit.

⁵ *Patriologie litteræ*, t. II, v. 107. (Fretelo, arcediano de Tolosa, visitó la Palestina entre 1151 y 1157.—Cf. M. de Vogüé, *op. cit.*, apéndice.)

⁶ *La Citez de Jerusalem*.

⁷ *La Citez de Jerusalem*.

estaba edificada sobre una caverna¹, donde había pasado esta escena dolorosa.

Los adversarios de la tradición reconocen, de acuerdo con el *Commentarium* de So8², que el sepulcro de la Santísima Virgen podía estar dentro del jardín de Gethemani³, «cuya extensión era mucho mayor que la cerca de los Franciscanos»⁴. Pero si ello es así, nada impide que la gruta de la Agonía estuviera asimismo comprendida dentro de esos límites. Basta consultar un plano, para quedar convencido.

Se echa siempre en olvido, que el muro destinado á proteger las ocho olivas del jardín actual, es de construcción reciente; que no encierra de modo alguno *toda* la propiedad de los Franciscanos, puesto que ésta baja hasta el torrente hacia el Oeste, y pasa del sepulcro de la Virgen por el Norte: que su razón de ser no tiene que ver nada con el deslinde del antiguo Gethemani, y que de él no se puede inferir nada en contra de la tradición, relativa á la agonía del Señor.

En otros tiempos, la entrada de la gruta no estaba donde ahora, al Nordeste, sino al Mediodía, *en dirección al jardín de los Franciscanos*. Sabemos que daba entonces á este lado por un largo pasadizo, cuya entrada se ve aún en la caverna⁵, y que fué tabicado en 1655, probablemente para evitar disputas con los poseedores, más ó menos legítimos del terreno, ó con los que frecuentaban el camino que se comenzó á usar en aquel sitio. Juntando la entrada de la gruta y la de la iglesia de la Virgen, era más fácil vigilar y preservar los dos santuarios⁶. Se hacía con los Musulmanes lo que al presente con los Griegos, no lo que se deseaba, si no lo que se podía, sintiendo modificar lo que se hubiera querido dejar en su primer estado⁷.

Así, pues, nada nos impide comprender la gruta en el perimetro del jardín de Gethemani. Con esto resultan aceptables todas las hipótesis relativas á la naturaleza de esta cavidad. Que

1 ARULPHO;—BERNARDO EL SAHO;—ÉPIPHANIO;—BERNARDO DE ASCOLI, etc.

2 De este documento contemporáneo de Carlo Magno el verdadero título es: *Breves Commentarii de illis casis Dei vel monasteriis que sunt in illa sancta civitate Hierusalem vel in circuitu ejus*. Y dice: «In valle Josaphat, in villa que dicitur Gethesemani ubi sancta Maria sepulta fuit, ubi sepulcrum ejus est venerabile...»

3 LE CAMUS: *Voyage aux pays bibliques*, t. I, p. 259-260.

4 GEMME-DURAND: *Cosmos* del 31 de Noviembre de 1889. Lo mismo está aun hoy día.

5 LÉTARD: *Tableaux évangéliques*, t. II, p. 392.

6 En la Edad Media, un pasadizo desde el altar de Santa Ana, ponía ya en comunicación la iglesia de Santa María (sepulcro de la Santísima Virgen) y el monasterio de San Salvador (gruta de la Agonía). V. DE VOGUÉ: *Les églises de la Terre Sainte*, p. 311.

7 Los Franciscanos habían pensado en restablecer el antiguo paso, pero se les ha hecho desistir por temor á dificultades de diferente naturaleza.

fuera primitivamente una cisterna, como lo dice M. Camus¹, y antes que él lo suponía el P. Cassini²; que hubiera allí un molino de aceite, como pretende Mr. Lortet³, ó un sepulcro, según piensa M. Vogué⁴, siempre se podrá creer que había venido á ser un retiro agradable para el divino Maestro y sus discípulos. Las cisternas secas, las bodegas abandonadas de pensar acetina y los sepulcros vacíos, no eran escasos en los alrededores de Jerusalén en tiempo de Jesús; y no se ve motivo alguno de excluir la caverna de Gethemani.

Permitásenos decir además: la *abertura* que hay en la bóveda no basta para probar que la gruta de la Agonía fuera primitivamente una cisterna. Ante todo sería menester saber á qué época pertenece esa abertura. ¿Es natural ó artificial? ¿Existía antes de construirse la iglesia destruida por los infieles? ¿La han hecho para poner en comunicación lo construido en la superficie con la cavidad subterránea? He ahí una porción de cuestiones cuya solución más natural parece ser que se quiso dar luz y aire á un lugar obscuro y sin ventilación, desde que se pensó en aprovecharlo: lo cual nos lleva bastante lejos y no nos obliga poco ni mucho á suponer precisamente una cisterna. M. Letard cree reconocer rastros de sepulturas, y el antiguo pasadizo es para él una entrada de sepulcro⁵. Esa es también la opinión de M. de Sancy y de M. de Vogué, muy contraria, menester es confesarlo, á la idea de un depósito de agua potable. En todo caso, la abertura actual está evidentemente practicada según el estilo bizantino ó romano, y si ha servido para una cisterna, no conserva nada de su carácter primitivo. El lector seguirá la opinión que más le plazca, pero teniendo presente que nada de esto debilita la tradición.

Otra observación: de que el Evangelio no diga que la oración de Nuestro Señor tuvo lugar en una gruta, no se sigue que hayamos de rechazar la opinión favorable á la de Gethemani⁶. Los evangelistas omitieron otros muchos detalles de más alta importancia que este, y nosotros suplimos su silencio con los datos que la historia y la observación nos suministran. Ahora bien: se concibe difícilmente esta agonía á cielo raso; es decir, bajo la copa de los árboles, donde parece que el Maestro no solía hacer su oración ordinariamente. Él que recomendaba retirarse á un lugar cerrado y escondido para elevar su alma á

1 *Voyage aux pays bibliques*, t. II, p. 259.

2 *Terra Santa*, t. I, p. 331.

3 *La Syrie d'aujourd'hui*.

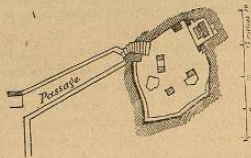
4 *Les Églises de la Terre Sainte*.—Cf. ROCHETTA: *Peregrinatione*, p. 165.—SATHLBY, *Dictionnaire, v. Gethesemani*.

5 *Tableaux évangéliques*, t. II, p. 399.—Cf. ROCHETTA, *loc. cit.*

6 Gamurrini lo observa con razón á propósito de la gruta del Pater.

Dios ! Otra forma reviste la prueba en el silencio y las sombras de la caverna: aquí hay evidentemente mejor proporción.

El Evangelio, se dice también, precisa la distancia entre el Maestro y los Apóstoles, *un tiro de piedra*; es decir, unos cien pasos. ¿Por qué no manifiesta el mismo cuidado á propósito de la gruta?



Plano de la Gruta de la Agonía.

Que distaba eso del sitio en que descansaban Pedro, Santiago y Juan, es lo más fácil de probar. Pero lo que más llama la atención es que la única dirección en que se pueden contar los sesenta metros indicados, es la de la caverna.—Hacia abajo, por el lado del torrente nada indica una gruta: subiendo se encontraría demasiado pronto la cerca. No se puede pensar en el lado de la entrada, por ser indudable que el Señor se internó más y más en el jardín, apartándose, primero de los ocho, y luego de los tres, que dejó detrás de sí. Queda, pues, la dirección tradicional. Los evangelistas que escribían para sus compatriotas y contemporáneos, no necesitaban precisar más; sobre todo si se considera que la intención de ellos era mostrar á Jesús retirándose á una distancia en que sus gemidos no llegaran á los Apóstoles. Y á esto corresponde el cuidado que ellos pusieron de medir el *tiro de piedra* sin necesidad de nombrar la entrada de la gruta.

Tales son á lo menos nuestras impresiones.

De la iglesia que los primeros cristianos edificaron ¹ sobre la bóveda de la gruta, nada sabemos de cierto, sino que existía en los tiempos de Eusebio, de San Jerónimo, de Santa Silvia; pero que había desaparecido en el de Arculfo ². Los Cruzados tuvieron, á nuestro entender, una feliz inspiración de no reedifi-

1 MATTH., VI, 6: "Cum eraveris intra in cubicalum tuum, et clauso ostio orapatrem tuum in abscondito".

2 QUARESMUS: *Eucidatio*, t. II, pág. 161. El autor del *Epítome des guerres sacrées* refiere al año 119 la construcción de los oratorios de Gethsemani.

3 TRONORIO, cuyo texto arriba citado puede dar lugar á equivocaciones, no dice que vió la iglesia todavía en pie en 1172, sino solamente que le había parecido bastante espaciosa, sin duda por la inspección de sus ruinas.

carla y convertir la gruta en el santuario de tan gran recuerdo. Cubrieron el suelo de mosaico y pintaron las paredes según el gusto de su época, como se puede ver aún por los restos de aquel decorado. Las desdichas de todo género que han caído sobre la Palestina desde el siglo XIII al XIX, se han dejado sentir también en Gethsemani; pero sin disminuir, tal nos parece, la estimación que merece á los peregrinos deseosos de encontrar las huellas del Señor. Hemos dicho en otra parte cómo pudieron hasta olvidar los olivos del jardín, para reservar la veneración á la piedra teñida con la sangre que sudó su Redentor.

Según todo lo que precede debe parecernos errónea la opinión que coloca la Agonía más arriba, y á la derecha del lugar llamado *Reposo de los Apóstoles*, así como la de algunos griegos que veneran el sitio muy próximo, designado como el de la traición de Judas, la cual opinión se apoya en el hecho de haberse encontrado en aquel terreno los restos de un oratorio, en los que, á nuestro entender, deben reconocerse los del monumento que los antiguos peregrinos mencionan en el sitio donde se durmieron los tres Discípulos. Allí, con efecto, ya no estamos *ad radices montis Oliveti*, como dice San Jerónimo: ni hay rastro de la caverna mencionada por Eusebio, Arculfo, Bernardo el Sabio, Epifáneo, Bernardo de Ascoli, etc. Por otra parte, no encontramos la distancia indicada en el texto evangélico: «*Un tiro de piedra*». En fin, nada puede explicarnos cómo la tradición hubiera cambiado sin motivo, puesto que el terreno de que hablamos pertenece á los Franciscanos, igual que la gruta misma ¹.

En el plano de Marino Sanuto ², el lugar de la Agonía aparece indicado en la extremidad meridional del jardín; allí, pues, habría él venerado las huellas de la caída del Salvador, ya antes señalada por Arculfo y V. Beda ³, y que en vano hoy se busca en la gruta. Mas pronto se echa de ver que el plano de Maorin, que además es poco exacto, se presta aquí á una equivocación, y que la palabra *Agonía*, escrita en el ángulo superior de la derecha, puede servir de indicación para todo el jardín, excepto el punto especialmente señalado con la palabra *Proditio*. Esta se encuentra al lado de un monumento donde en rigor podemos re-

1 Según un texto mal interpretado de Santa Silvia, peregrina del siglo IV, más adelante veremos de dónde proviene ese error.

2 Podría explicarse este error, porque en otros tiempos había debajo de la roca del *Reposo de los Apóstoles* una cavidad de poca elevación (dos pies), pero bastante ancha (C. M. D. M., *Les Voyages de Jésus-Christ*, p. 348-349). Esta gruta, hoy rellena, ¿no se habría confundido con la de la Agonía?—Entonces sería delante de esta caverna,—*ad paulo ante dictam cavernam*,—donde Juan de Wartzburgo habría colocado atinadamente la traición de Judas.

3 V. M. DE VOGÜÉ: *Les Églises de Terre Sainte*, apéndice.

4 ARCULFO, *loc. cit.*—BEDA: *de Locis sanctis*, VI, 7.

conocer la iglesia que edificó Santa Elena en el *Reposo de los Apóstoles*, muy cerquita del sitio tradicional del beso de Judas; no es, sin embargo, más que una hipótesis sin gran valor. Frescobaldi, contemporáneo de Marino, vió los lugares como nosotros les vemos de ordinario¹; es decir, en contradicción absoluta con las ideas de su compatriota. Por otra parte, estas ideas no parecen muy claras ni muy seguras. Los rastros que él encuentra en la gruta, otros los vieron en la roca del *Reposo de los Apóstoles*, y los atribuyen, no al Señor, sino á los Discípulos²; en lo cual llevan razón, puesto que Arculfo y el V. Beda nos advierten que se trasladó á la iglesia de la Virgen la piedra en que se veían las señales maravillosas de que nos hablan³. No podemos menos de ver una confusión muy á propósito para disminuir nuestra fe en Marino, y tanto más que la localización general que hace está en desacuerdo con toda verosimilitud, si no con todas las realidades⁴.

Se alega también en contra de la tradición al igumeno ruso Daniel, peregrino del siglo XII (1113)⁵, y al cual M. Guerin⁶ parece conceder importancia demasiada en su último viaje sobre Jerusalén. Según el igumeno⁷, la gruta llamada de la Agonía sería el lugar del reposo habitual de Nuestro Señor en Gethsemani, de la traición de Judas y de la prisión del Salvador. Según lo cual tendríamos que buscar con él el lugar del Sudor de Sangre en el sitio indicado por el *Reposo de los Apóstoles*, donde deberíamos poner igualmente la iglesia de que habla Juan de Wurzburgo, con la gruta que le servía de cripta⁸.

Veamos lo que vale este testimonio. El valeroso igumeno, desmedidamente simple y crédulo, como lo prueba su narración, fué guiado por un monje griego cismático de San Sabas, y podemos preguntar qué autoridad tiene la palabra de semejante guía⁹. A cada instante las confusiones, los anacronismos, los contradictorios se acumulan bajo la pluma del narrador, eco demasiado fiel de la erudición que M. de Noroff⁹ presta al monje de Mar-Saba.

1 *Viaggio in Terra Santa*, p. 145.

2 MANTEGAZZA, *op. cit.*, pars II. c. XIX, p. 290.

3 ARCU LFO y BÉDA, *loc. cit.*

4 Véase, por ejemplo, el lugar que asigno el sepulcro de la Santísima Virgen.

5 *Jerusalem*, p. 290-291.

6 *Pelerinage en Terre Sainte*, traducción de M. DE NOROFF.

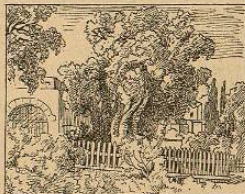
7 *Descriptio Terrae Sanctae*, (en el *Thesaurus anecdotorum*, t. I, pars III, página 512-513).

8 Hacía tres siglos que una implacable rivalidad separaba á los monjes de San Sabas de los del Olivete, á causa de la doctrina de la *procesión del Espíritu Santo*, rechazada por los primeros. El igumeno llevaba, pues, un cicrone muy sospechoso, particularmente en la visita de los lugares confiados á los religiosos latinos del Olivete. — Cf. MISLÉN, t. II, p. 405.

9 Editor y anotador de la *Peregrinación* del igumeno. No era un amigo de los Latinos y los Franciscanos, á quienes la publicación del *Viaje* de Daniel estaba destinada á jugarles una broma.

Lo que Daniel *vió* lo describe en conciencia y con exactitud; igualmente repite *lo que le han contado*, pero no puede producir la misma impresión en el lector. Si para apoyar lo que dice tuviéramos un testigo latino contemporáneo y verdaderamente formal, nos sentiríamos quebrantados; pero Juan de Wurzburgo, que se nos presenta en su compañía¹, no es bastante para nosotros.

Desde luego el presbítero alemán está conforme con el igumeno ruso en una sola afirmación: en que el Salvador hizo su oración en el sitio llamado del *Reposo*, y que había allí una capillita; lo cual puede conformarse con el relato evangélico y la tradición, si se distingue, como nosotros hemos distinguido, la primera oración del Salvador debajo de los olivos, y la otra que fué acompañada del Sudor de Sangre. En lo demás ellos no concuerdan; así, pues, Juan de Wurzburgo es un apoyo insuficiente.



Olivar de Gethsemani.

Digamos más: su relato en sí mismo revela una simplicidad que hace sonreír. Como prueba del sueño de los Apóstoles en la gruta, da la pintura que los representa allí dormidos. Todavía existe una semejanza en el mismo sitio. Pero, ¿qué puede ella probar en esta materia? Después la roca del *Reposo* le agrada especialmente, á causa de las tres prominencias visibles en el suelo, donde él cree encontrar el sitio de las tres genuflexiones del Salvador. Esta explicación puede parecer ingeniosa; pero esto no aumenta su valor. Sin duda fué recibida de algún cicrone tan *erudito* como el guía del igumeno. Esos no son dudoso-

1 M. Noroff lo cita en notas, pág. 40 de la *Peregrinación* de Daniel. M. Guerin *loc. cit.*, lo cita igualmente. Juan de Wurzburgo no quería bien á los Franciscanos, como se ve claramente en sus palabras, y sin trabajo sospecharía de las noticias que ellos le dieran.

tos aceptables cuando se trata de contradecir una tradición tan generalmente aceptada¹.

Como nos lo decía con mucha razón el capitán Guillemot, no debe concederse la misma autoridad á los relatos de todos los que visitan la Tierra Santa. Algunos pocos se preparan para el viaje con estudio serio de los documentos, escuchan con atención, pero observan, comparan y discuten. Se forma una opinión, solamente después de revisar severamente lo que han leído, visto y oído. Otros llegan sin preparación ninguna, dispuestos á creer sin examen cuanto les cuenten, aun á tratar de escépticos y sacrilegos á los que no acepten como palabra del Evangelio la lección que les dé el guía.

Estos últimos no son los que menos se dan á poner en forma de libro sus recuerdos é impresiones. En nuestros días tenemos muchos ejemplos de esos. Pero ¿qué valor se ha de dar á tales lucubraciones de que son prototipos perfectos la *Peregrinación* del igumeno, y la *Descripción* de Juan de Wurzburg? Y observémoslo bien; hombres muy inteligentes y bastante eruditos pueden inducirnos á error, lo mismo que el pope ruso y el presbítero alemán, si han tomado notas, planos ó croquis incompletos é inexactos. Prueba de ello da Marino Sanuto, y otra tenemos en el trabajo de Aitsinger² en el que va el más caprichoso de todos los planos atribuido al grave Adricomio. El veneciano y el flamenco parece que se convinieron para trastornar la topografía de los alrededores de Jerusalén, y harto maligno sería quien se reconociera en la *elucidación* que hacen del valle de Josafat³.

Ordinariamente los griegos, cuyas explicaciones se alegan con frecuencia, no siguen ni el parecer del igumeno, ni el de Juan de Wurzburg, sino que colocan el *Reposo de los Apóstoles* y la traición de Judás donde nosotros los colocamos, según el testimonio nada sospechoso del traductor de Daniel⁴. De aquí resulta que las aserciones del peregrino ruso y del viajero alemán, ya poco aceptables por razón de sus divergencias, se debilitan más aun por su aislamiento en la serie de los testimonios.

M. de Noroff invoca desafortunadamente la *Crónica Normanda ó Citez de Jerusalem*, cuyo autor habla como todo el mundo, con alguna obscuridad, es verdad, pero que se disipa cuando se mira de cerca. Pone á tientas cerca del sepulcro de la Santísima Virgen el lugar de la prisión, y el de la oración; tal vez á conse-

1 La nota 2, de la pág. 457, nos parece que explica en parte el error de Juan de Wurzburg tocante á la gruta, junto á la cual tuvo lugar la traición de Judas.

2 *Description de Jerusalem*.

3 Véanse á este propósito las observaciones de Fabri (*Evagatorium*, t. 1, p. 262), y de M. GUÉRN (*La Palestine: Judée*,—Avant-propos).

4 V. pag. 38, nota 3.

ciencia de una confusión de sus recuerdos¹: la rectificación se ha hecho enseguida, y el pobre igumeno pierde también este apoyo.

Otra importancia hay que dar á la objeción que se funda en el testimonio de Santa Silvia de Aquitania, peregrina del siglo iv, cuyos relatos de gran claridad y precisión tienen un valor excepcional. Pero permítasenos decirlo. Los que la alegan no han comprendido bien el texto de Santa Silvia cuando dice que *se baja de la Agonia á la Traición*. «Inde cum ymnis, usque ad minimum infans, in Gessamani pedibus cum episcopo descendit: ubi, præ magna turba multitudinis, et fatigati de vigiliis et icuniis cotidianis lassus, quia tam magnum montem necesse habent descendere, lente et lente cum ymnis venit in Gessamani... cum ergo perventum fuerit in Gessamani... legitur ille locus de Evangelio ubi comprehensus est Dominus²». «De allí, es decir, del lugar en que el Señor hizo su oración, y en el cual había entonces un precioso oratorio (*Ecclesia elegans*), todos hasta los niños más pequeñitos bajan á pie á Gethsemani, en compañía del Obispo cantando himnos. Por ser tantos, y por el cansancio que resulta de los ayunos cotidianos, y de bajar tan largo monte³, se llega á Gethsemani paso á paso... Cuando se ha llegado... se lee este pasaje del Evangelio que cuenta la prisión del Señor.»

Porque la cerca de los Franciscanos está más alta que la gruta de la Agonia, los adversarios de la tradición sacan por consecuencia que Santa Silvia lo anula; hay que bajar del primer trecho al segundo, y se sube de la gruta á la cerca. El argumento parece irrefutable aun por confesión de los más constantes defensores de la creencia secular.

Desde luego se echa de ver la confusión, ya advertida por nosotros, en que estriba esa afirmación triunfal. Si la actual cerca de los Franciscanos era *todo* el jardín de Gethsemani, deberíamos deducir evidentemente que Santa Silvia anula la tradición; pero si el jardín llega hasta el borde del torrente, entonces, al contrario, es evidente que para pasar el puente y subir á la ciudad, como lo dice la santa peregrina, se necesita bajar aun á Gethsemani, *descendere in Gessamani*. Pues bien: las posesiones de los Franciscanos llegan hasta el Cedrón; se ha comprendido, en este vasto campo de los olivos, la cerca sagrada, otras dos de más arriba, el camino que conduce á Betha-

1 FABRI: (*Evagatorium*, t. 1, p. 378) hace una observación que viene bien aquí

*Si ductores ducerent nos per vias Christi eo ordine quo ipse Dominus ductus fuit, facile esset describere et ad intellectum dare dispositionem sanctorum. Sed quia modo contrario processu fit, difficilis est tractata.

2 *Peregrinatio*, n.º LXVI, p. 62.—En esta cita es evidente que debe leerse «descendunt, en vez de «descendit».

3 Se venía procesionalmente de la iglesia de la Ascensión situada sobre el monte de los Olivos.

nia, y queda aún el terreno que confina con el torrente, desde el sepulcro de la Santísima Virgen hasta el de Absalón. En todo este espacio se encuentran restos de mosaico, testigos irrecusables del culto que se dió á los recuerdos que estos lugares conservan; nosotros hemos recogido restos de esos encarnes de la gruta, así como al mediodía de la cerca, y en lo más bajo de la pendiente, en los sitios designados por la tradición. Así, pues, Santa Silvia no decía nada en contra, y todo concurre á justificar la tradición.

La observación precedente es tan sencilla, que acaso maraville al lector, y no tendrá para él á primera vista toda la autoridad que le corresponde. Mas para estimar todo su valor no es menester gran esfuerzo, sobre todo considerando que no es nada personal ¹, ni aun nueva en realidad, pues implícitamente la hicieron los autores antiguos que juntaron á sus escritos dibujos ó planos.

Marino Sanuto pone por límite del terreno de los Franciscanos el torrente; los pequeños croquis de Aquilante Rochetta ² tan exactos en medio de su sencillez, están completamente conformes con ese dato; los grandes planos de Aitsinger y Adricomio arrojan iguales resultados: en particular el último, es más interesante tocante al punto que nos ocupa, por la distinción que hace entre las diversas partes de Gethsemani, donde se ve la importancia que da á los recuerdos de la Pasión de Jesús. Su plano, casi idéntico al de Rochetta, es, sin embargo, inferior á éste, sobre todo por el error particular que le hace colocar el sepulcro de la Santísima Virgen al Mediodía y no al Norte de Gethsemani ³. Acaso la memoria le fué infiel en esta ocasión y le hizo equivocarse, poniendo el sepulcro de Absalón en el lugar del de la Virgen.

No queremos molestar al lector con la nomenclatura de las relaciones que confirman la explicación dada arriba ⁴. Bástanos haber puesto en claro que no es nuestra, que viene demasiado lejos para ser sospechosa de novedad: es cuanto podemos desear.

Los Franciscanos han cubierto la gruta con un terraplén rodeado de un muro. Han hecho bien en cuanto han preservado su

¹ CHAUVET et ISAMBERT (*Syrie et Palestine*, p. 313) la hacen casi en los mismos términos que Castela (*Le Saint Voyage de Jérusalem*, p. 165).—Esta coincidencia es bastante curiosa; pero más curiosa es aún esta otra: FABRI (*Evagatorium*, t. I, p. 381). Parece citar á Santa Silvia, á quien seguramente no conocía cuando escribe: "Deinde magis contra torrentem descendimus et in locum Gethsamani venimus..."

² *Peregrinazione di Terra Santa*. Esta obra está ilustrada con numerosos grabados en cobre, y muy interesantes.

³ Este error está reproducido en el plano de Aitsinger.

⁴ Véanse especialmente Fabri y Castela, *loc. cit.*

propiedad de invasiones y profanaciones; pero esta precaución desconcierta las investigaciones. Verdad es que pueden hacerse por la parte colindante de Norte y Este.

Allí estaba, á nuestro ver, el oratorio que visitó Santa Silvia, y la cisterna que se ve podría ser muy bien un resto de aquel edificio. El lector pensará lo que mejor le parezca; pero nosotros hemos recogido en aquel sitio cubos de mosaico, semejantes á los que marcan de ordinario el lugar de los santuarios destruidos. Que no se encuentren ya pedazos ó fragmentos, como en algunos otros lugares, no es nada extraño. Los Sarracenos emplearon en sus construcciones, antes de las Cruzadas, cuanto pudieron tomar de los oratorios del valle; lo sabemos á ciencia cierta. Luego no tiene nada de extraordinario el que no se encuentren columnas, umbrales ó paramentos, en particular si se considera que los Cruzados no reedificaron la iglesia de la Agonia.

Podemos, pues, atenernos á lo que afirma la tradición. Nuestro Señor hizo oración y padeció agonía, la noche del Jueves Santo en aquella gruta adonde nosotros vamos aún á buscar y venerar los vestigios de sus lágrimas y su sangre.

El lector llevará á bien que terminemos esta disertación con la plegaria que se rezaba en el siglo XVI en la gruta de la Agonia para ganar la indulgencia plenaria concedida por los Soberanos Pontífices: nos la ha conservado el Franciscano Castela, cuyo testimonio precisa bien la extensión de Gethsemani.

«Andando el camino, dice, que nos conduce (desde la tradición) al puente por donde se pasa el torrente del Cedrón cuando lleva agua, nos mostraron á mano derecha el lugar llamado en la Santa Escritura *Gethsemani*, donde Nuestro Señor dejó á sus ocho Apóstoles cuando se llevó á tres consigo dentro del jardín de las Olivas, que dista de allí un tiro de ballesta: al presente está casi todo lleno de hermosos olivos, etc. ¹»

No es posible comentar con más claridad el texto de Santa Silvia. He aquí ahora la plegaria, que es un documento de gran valor:

Antiphona.—Dominus Jesus Christus, mundi redemptor, facta cum discipulis coena, venit in hunc locum, coelestem Patrem oraturus, et cum prolixius orasset, factus est in agonía.

Y.—Factus est autem sudor ejus.

R.—Tanquam guttae sanguinis decurrentis in terram.

Oracion.—Domine Jesu Christe dulcissime, qui antequam patereris, Hierosolyma egressus, ad hunc orationis tuae locum more solito porrexisti, ut te sponte passurum demonstrares, ubi

¹ *Le Saint Voyage de Jérusalem*, p. 168.—Cf. SOBRIERO: *Hist. de la Terre Sainte*, t. II, p. 390-391, etc.

factus in agonia, prae angustia calicis passionis tuae bibendi, guttas sanguinis insudasti, tuae assumptae carnis veritatem profecto, hinc tuam imploramus clementiam, ut nobis spiritum in oratione corroborans, agoniae tuae nos sociare digneris; quo nullis tentationibus territi, cuncta adversantia te adjuvante vincamus. Qui cum Patre et Spiritu Sancto vivis et regnas, Deus; Per omnia saecula saeculorum. Amen!

Los Papas no se han mostrado tan pródigos de favores espirituales en favor de todos los lugares venerados por la piedad de los peregrinos; por ejemplo, el lugar de la primera oración del Señor, cerca del *Reposo de los Apóstoles*¹, no tenía más que una indulgencia de siete años.

Se ve que la Santa Sede podría no desdeñar ciertas tradiciones; pero ponía otras en primer lugar: lo mismo hacemos nosotros, y no creemos que por ello se nos pueda vituperar.

Apéndice B.

LA CASA DE ANÁS Y DE CAIPHÁS.

La misma crítica cuyas exigencias hemos estudiado á propósito de la gruta de Gethsemani, admite con trabajo el sitio que la tradición marca á la casa de Anás. La razón de sus vacilaciones no nos parece concluyente.

Está aceptada la autenticidad de la casa de Caiphás como apoyada en una tradición que se remonta al siglo iv². Luego por este lado no hay dificultad; mas no sucede lo propio respecto de la morada del otro Sumo Sacerdote, que generalmente se cree vivió cerca de su yerno. Dan por razón que el espacio en que deberían comprenderse ambos moradores es demasiado considerable, pues supone una distancia de 175 metros de un extremo al otro. «Excepto el Templo con sus pórticos, no había en Jerusalén monumento alguno que tuviera tales proporciones³».

El sabio autor á quien citamos, olvida que según el plano de Jerusalén que él pone en el primer volumen de su obra⁴, la torre Antonía tendría unos 120 metros de costado, y el palacio de Herodes, en el monte Sión, más aún. He ahí, pues, dos moradas de proporciones muy conocidas por el testimonio preciso de Josepho, y que tenían que ser tan considerables como la de los Sumos Pontífices. Nada demuestra que habitaran en una misma casa:

1 CASTILLA, *op. cit.*, p. 165.—Véase nuestro cap. II del lib. II.

2 EL PEREGRINO DE BUDAOKA la visitó en 323.

3 LE CAMUS, *loc. cit.*

4 *Ib.*, t. 4, p. 308.

todo hace suponer lo contrario, como lo hemos hecho ver en el primer capítulo de nuestro libro tercero, según las expresiones mismas del Evangelio de San Juan¹.

Ahora bien: los 175, ó si se quiere, los 180 metros de largo por 60 de ancho, necesarios para incluir estas dos moradas, verdaderamente no tienen nada de extraordinario. Una superficie de una hectárea poco más ó menos nunca ha sido demasiado para un terreno que comprende edificios, corredores y jardines².

La consecuencia es, pues, que la autenticidad de la casa de Anás no parece muy comprometida, como se dice³: se necesitarían motivos de más peso para desposeer á los armenios del derecho que creen tener á venerar en su convento el recuerdo del primer interrogatorio que sufrió el Salvador.

¿No es alarmante esa propensión á ponerlo todo en tela de juicio, sin motivo suficiente? Hacer justicia en tradiciones evidentemente modernas y desautorizadas por su misma fecha, bueno es; pero ¿qué servicio se hace á la piedad con esa manía de tocar á lo que los siglos han consagrado? Se alegan los derechos de la verdad histórica: sin duda deben preferirse á los demás cuando son evidentes. Esto es lo que les falta, y nosotros declaramos humildemente que en el caso presente, como en otros muchos, no vemos la evidencia de las pruebas que se invocan en contra de la tradición.

Apéndice C

LA TORRE ANTONIA

Se han lanzado al público las opiniones más caprichosas y contradictorias á propósito de la fortaleza conocida bajo el nombre de *la torre Antonía*. Ya la hemos descrito según los documentos más auténticos, y á nuestro juicio los más fáciles de comprender.

Un cuadrilátero de cien metros por lado, levantado al Noroeste del templo, de modo que dominara el atrio de los Gentiles é interrumpiera la línea de los pórticos por Norte y Poniente: tal es la fisonomía, fácil de reconocer, del monumento descrito por Josepho⁴, y considerado únicamente en su plano del suelo. Sobre un basamento de roca un muro de grandes piedras con

1 JOANN., XVIII, 24.

2 El palacio de las Tullerías con sus dependencias tiene bastante más extensión.

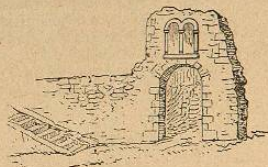
3 LE CAMUS, *loc. cit.*

4 *Antiq. Jud.*, XV, xi, 4.—*Bell. Jud.*, V, v, 8.

ro por ejemplo, se establecieron en el palacio de Herodes el Grande, en el monte Sión? Y sin más, saca por consecuencia que nada hay probado, ó más bien, que nada es aceptable de cuanto se ha creído hasta nuestros días.

Razonemos un poco.

Es cosa cierta que varios Procuradores habitaron el palacio del monte Sión. Mas esto, ¿por dónde prueba que habitaron solamente en ese, puesto que también tenían á su disposición la Antonia, verdadero palacio con que Herodes se contentó por mucho



Arco del *Ecce Homo*, según Rochetta.

tiempo, y que todavía se conceptuaba admirable? En el tiempo de la Pascua el Procurador podía muy bien creerse en el caso de vigilar el Templo desde lo alto de la ciudadela asmonea, y colocarse en situación de reprimir más prontamente las agitaciones que pudieran tener lugar en el átrio, como se puede inferir del pasaje de San Lucas, relativo á aquellos Galileos *cuya sangre mezcló Pilatos con la de los sacrificios que ofrecían*. El Procurador no gustaba de ir á Jerusalén, según parece, y no debía de agradaarle gran cosa tener por vecinos á los Sumos Sacerdotes y á Herodes Antipas, establecidos en el monte Sión; en la Antonia se encontraba más en su casa, más libre de sus idas y venidas, más seguro también de tener á su discreción á los Pontífices, puesto que en esta fortaleza se conservaban los ornamentos del Sumo Sacerdote al cuidado de los soldados romanos.

Así pues, se concibe fácilmente la presencia de Pilatos en la Antonia en la Pascua del año 34, y no vemos razón alguna formal que pueda oponerse á la tradición. Pero entonces nos vemos precisados á colocar el pretorio en el patio exterior de la ciudadela, es decir, en el foro de que antes hemos dado idea. Allí es donde naturalmente se coloca el pavimento de mármol, *lithostrotos*, donde se levantaba el sitial *bema*, para las sesiones de

1 LUC., XIII, 1: "Nuntiantes illi de Galileis, quorum sanguinem Pilatus miscuit cum sacrificiis eorum."

justicia que presidía el Procurador ' en conformidad á la costumbre inaugurada, según dicen, por César '.

Pero vengamos al arco del *Ecce Homo*. Los argumentos contra su autenticidad son de lo más interesante: vamos á resumirlos con la posible claridad.

1.º El arco del *Ecce Homo* es evidentemente un arco triunfal, y un arco triunfal es difícilmente accesible en su parte superior, *porque de ordinario no está adosado á ningún edificio vecino*.

2.º Además, debía estar regularmente adornado con estatuas en la plataforma, y es acaso la cabeza de una de ellas la que se encontró cerca del sepulcro de los reyes y se ha tomado por la cabeza de Adriano.

3.º Este arco no ha podido nunca formar parte de los antiguos baluartes, puesto que el tercer recinto pasaba lejos de allí y el segundo no llegaba.

4.º Antes de Tito un arco triunfal no tenía razón de ser: después de él y sobre todo después de Adriano ' se explicaría muy naturalmente. Este arco pertenece probablemente á Adriano (aunque sus caracteres arquitectónicos le hacen posterior), á causa de las inscripciones griegas más ó menos inteligibles y del nombre de Aurelio grabado en las claves de los arcos '.

5.º Si es posterior á Tito y Adriano, ¿No puede atribuirse á Santa Elena ó á Eudoxia ' que lo habría levantado *en honor de Jesús vencedor del mal y rey del mundo*? Esta última hipótesis es la que prevalece definitivamente como más conforme al carácter del edificio, á la fecha de su construcción y aun á la rareza de su existencia '.

En consecuencia, el arco del *Ecce Homo* no pudo servir para el interesante paso de que, según la tradición, es recuerdo.

Razonemos un poco, si el lector quiere.

I. «El arco del *Ecce Homo* es evidentemente un arco triunfal, y en prueba de ello las excavaciones del P. Ratisbona han sacado á luz el arco de más abajo con un nicho intermedio, etc.» La prue-

1 JOSEPH., Bell. Jud., II, IX, 3 y II, XIV, 8.

2 A. RICCI: Dictionnaire, v. *Pretorium*, etc.

3 SEYR (*Jerusalem und das Heilige Land*, t. I, p. 89), lo atribuye á Tito, ó mejor á Adriano, después de la derrota de Barchokeba.—Cf. MISLÉN: *Les Lieux saints*, t. II, p. 371.

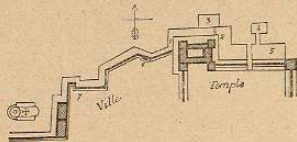
4 Ó más exactamente en la fachada occidental encima del nicho que separa el arquito del norte y el arco grande.

5 Es opinión de un peregrino del siglo XV, Jorge Langhermann, mayor de Mons, que visitó la Palestina en 1485 y 1486, M. DE VOÛTE (*Le Temple de Jérusalem*, p. 126), se inclina á seguir esta opinión, pero había tenido otro parecer en su obra sobre las iglesias de Tierra Santa, p. 302, M. DE SAULCY cambió igualmente por idénticos motivos (*Voyage autour de la mer Morte*, t. II, p. 371,—et *L'Arc de l'Ecce Homo*).

6 LE CAXUS: *Voyage*, t. I, p. 333-335.

ba no tiene fuerza. No son raras las puertas antiguas sin carácter triunfal, y por tanto, semejantes á ésta: y tales puertas llevan precisamente en su parte superior esta galería accesible que la crítica no concibe encima del monumento de su invención. Un arco triunfal, efectivamente, no se junta con edificios contiguos, pero si una puerta; y sin ser Vitruvius ni Delormes podríamos fácilmente unir la con galerías laterales, y tanto más fácilmente que el arco de la izquierda lleva en su lado exterior un trabajo de gubia que va desde el suelo hasta el arranque del arco.

II. «El arco del *Ecce Homo* debía estar regularmente adornado de estatuas en la plataforma.» Posible es que esta ornamentación fuera de regla para ciertos arcos triunfales; sin embargo, los de Tito y de Constantino en Roma no la llevan, ni tampoco



El segundo muro, según el P. Wolf.

EXPLICACIÓN: 1. Torre Hananel.—2. Torre Melá.—3. Staouthion.—4. Bethesda.—5. Birket-Israhel.—6. Puerta de los Peces.—7. Puerta Vieja.

el arco de la Estrella y el de la puerta de San Martín en París. Cuanto á la cabeza de la estatua atribuida el emperador Adriano y encontrada cerca del *sepulcro de los reyes*, á dos kilómetros del *Ecce Homo*, bien podemos no hacer caso de ella.

III. «Este arco nunca ha formado parte de los antiguos baluartes».—Nadie lo pretende, y por otra parte esta afirmación no tiene nada que ver con la cuestión que nos ocupa. Por consiguiente poco nos importa determinar la relación que el arco tenía con el segundo y tercer recinto: bástanos saber cómo estaba unido á la Antonia.

IV. No se ve bien qué motivo pudo tener Tito para levantar un arco de triunfo en un sitio donde él había amontonado, y quería que hubiera ruinas, según Josepho y Tácito. Tocante á Adriano

1 A. Rich: *Dictionnaire*, v. *Porta*, etc.—Cf. GUYÓN (*la Terre Sainte*, t. I, p. 86-87),—DERRY (*Histoire des Romains*, passim),—etc.

2 Sabemos, no obstante, que el segundo recinto venía á juntarse con la Antonia, y el P. Odilon Wolff, benedictino alemán, lo puso muy de manifiesto en el plano que unió á su obra *Der Tempel von Jerusalem*.—Párecenos que el muro se unía á la fortaleza por la parte norte del arco pequeño del *Ecce Homo*.

pase; pero él no había restaurado la Antonia, y el camino en que habría levantado su arco de triunfo nada tenía que le pudiera interesar particularmente. Sería el caso de repetir. «¿Qué puede significar semejante monumento?»

Las inscripciones griegas, más ó menos inteligibles, tienen aquí igual valor demostrativo que el nombre de Aurelio en las *claves de los arcos*. ¿Qué pueden probar, sobre todo en contra de la tradición?

V. Si el arco es posterior á la época de Adriano. ¿Conviene atribuirlo á Santa Elena ó á Eudoxia?—Pero ¿en qué se funda esta hipótesis, tanto menos aceptable cuanto el monumento, por confesión de los mismos adversarios, no tiene signo alguno cristiano?

Acabamos de ver lo que puede alegar contra la tradición la crítica moderna. Sus explicaciones no valen más que las que se intentaron en los siglos pasados, sin llegar á hacer luz en una cuestión en que lo más discreto es atenerse á lo que se ha creído desde los tiempos más remotos.

El arco del *Ecce Homo* no tiene caracteres arquitectónicos bastante decisivos para que se le asigne con seguridad otra fecha que la de la Pasión. Está en el casi cierto eje de la Antonia, y concuerda perfectamente con el sitio de la *Escala Santa*, según lo ha indicado la tradición. Las excavaciones hechas en lo antiguo por las señoras de Sión, y las que en este mismo año han hecho los turcos á nuestra vista para abrir un canal¹, han encontrado el pavimento antiguo, á una profundidad que corresponde muy bien á la presente elevación del terreno, debajo del arco principal. Los numerosos fragmentos encontrados en estas excavaciones, hacen creer que la piedra que hoy está al descubierto, estaba entonces revestida de placas delgadas de mármol blanco²; lo cual explicaría los caracteres indecisos de que se quejan los críticos. Los retoques ó reparaciones que el monumento ha podido sufrir en la serie de los tiempos, no le quitan su valor primitivo. La idea de ver en él el *Tricameron* de Adriano está tanto menos justificada, como que sería menester darle por correspondiente el *Tetranymphon*³: las cámaras suponen una profundidad muy diferente de la del *Ecce Homo*. En fin, si este arco fuera obra de Santa Elena ó de Eudoxia, lo sabríamos por los historiadores que consignaron los trabajos de estas dos em-

1 MISLÉN, *loc. cit. supra*.—Cf. TOBLER: *Topographie von Jerusalem*, lib. I, p. 238.

2 Nosotros tuvimos la suerte de estudiar á nuestro gusto durante varios días el camino de piedra blanca del mismo ancho que el arco por donde se subía de la ciudad á la Antonia, y pudimos salvar varias losas antes que los turcos rellenaran el foso abierto por sus trabajadores.

3 Como lo dice exactamente DERRY (*Hist. des Romains*, t. IV, p. 119).

4 *Chronicon Pascale*, p. 613 (Migne: *Patrologie grecque*, t. xcxi).

peratrices con bastante cuidado, para que fuera inexplicable su olvido en tales circunstancias.

En conclusión: ninguna prueba nos impide conservar la creencia en la tradición, según la cual Nuestro Señor fué presentado al pueblo desde lo alto del arco por donde se entraba en el pretorio de la Antonia¹.

La restauración y el plano que hemos dado, permitirán al lector formarse idea bastante exacta de los lugares y sucesos que á esto se refieren. No tenemos la pretensión de que sean irrefragables: es un trabajo muy aproximado, sobre todo en lo tocante á la parte visible del Templo, y sus alrededores, en torno de la fortaleza. Relativamente á este último punto, debemos decir que hemos suprimido todo lo que hubiera impedido ver la fachada de la Antonia, dejando á cada uno el cuidado de formar su opinión sobre el modo con que el segundo muro estaba unido á la Ciudadela.

Apéndice D

LA FAMILIA DE LOS PONCIOS.

El Procurador Poncio Pilato, pertenecía á una de las más nobles razas de Italia. Oriundo de Samnia, aparece en la historia con «ese sabio Herenio, que Cicerón creía amigo de Archytas y de Platón»², y que era padre de Cayo Poncio, el general samnita que hizo pasar por las horcas caudinas á los cónsules Postumio y Veturio, el año 317 antes de Jesucristo. Más prudente que su hijo, Herenio, había aconsejado tratar honoríficamente á los vencidos, si no se quería exterminarlos; los sucesos no tardaron en hacer ver que había tenido razón, y Cayo, vencido á su vez, debió de sentir no haberse granjeado amigos, respetando la desgracia de los Romanos.

El segundo Mario tenía en su ejército un nieto de éste, Cayo Poncio Telesino, colocado desde muy joven á la cabeza del contingente samnita, el cual puso á la Ciudad Eterna en tan graves aprietos como la había puesto Breno; y lo mismo que éste fra-

1 Se acostabraba mucho en aquellos tiempos hablar al pueblo desde lo alto de una galería; Joséfo lo atestigüa. Los príncipes orientales, los del Asia Menor como los de la India gustaban mucho de mantenerse á distancia de la turba, y lo que nos queda de sus palacios prueba sobradamente que el arco del *Ecce Homo* no era una excepción. En un bajo relieve de la fachada principal del Santo Sepulcro se ve á Nuestro Señor y á otro personaje en una galería de dos huecos, semejante en todo á la que Rochetta vió encima del arco grande del *Ecce Homo*.

2 DUREY: *Hist. des Romains*, t. 1, p. 313.

casó; pero más desgraciado que él, fué muerto delante de las murallas que amenazaba. «Era, dice M. Duruy³, el más noble y el último de los hijos de Italia.»

Su hermano menor, que pudo escapar del desastre, se refugió en una cueva con Mario, su íntimo amigo; y por no caer en manos de Sylva libraron un combate supremo, en que murió Poncio; después de lo cual, Mario se hizo matar por un esclavo sobre el cadáver de su amigo.

César debía contar, naturalmente, á los Poncios entre sus partidarios: Tito Poncio sirvió la causa del dictador en calidad de centurión y fué asesinado por los Pompeyanos; pero por una de esas vueltas que da la rueda de la fortuna, Lucio Aquila, hecho tribuno del pueblo, tomó parte en el asesinato del César⁴.

La gens Pontia, al hacerse romana, había entrado en la nobleza; pero no en el patriciado. Por eso Poncio Pilato es calificado simplemente de *caballero*, aunque al lustre de su cuna añadía el de la bravura, como parece indicarlo el sobrenombre de *Pilato*, «el hombre de la lanza arrojadiza», que le distingue entre los de su raza. No por eso dejaba de ocupar uno de los primeros puestos entre los allegados de Augusto y de Tiberio, como lo prueba su matrimonio con Claudia, parienta, que no liberta, de César, por más que otra cosa hayan dicho algunos comentaristas. No era todavía el tiempo en que, aun según Seyano, los libertos podían aspirar á todo: y cuando se trataba de un cargo tan importante como el de procurador de la Palestina, el emperador no pensaba aún en los libertos ni en los unidos con ellos⁵. Hasta se ha querido ver en la palabra de los Judíos: «No serás ya amigo del César», una alusión á esta dignidad contemporánea de la fundación del imperio⁶, que la tenían los consejeros íntimos del príncipe, *amici ó comites*, mencionados por Suetonio⁷. Estos privilegiados acompañaban al amo por todas partes; le seguían en sus expediciones lejanas, vivían de sus larguezas, y sólo se separaban de él para cumplir encargos de alta confianza. En tal caso, se podría comprender fácilmente toda la malicia del reproche que los Judíos dirigieron á Pilatos y el efecto que debió de producir en él.

El Procurador gozaba evidentemente gran privanza con Tiberio: era del César y no del Senado por su tradición y por sus acciones personales, como lo indica su nombramiento para el gobierno de una provincia imperial y no senatorial. La situación

1 *Op. cit.*, t. II, p. 676.—Un busto de bronce encontrado en Herculano, que se conserva en el Museo de Nápoles representa, según dicen, á Poncio Telesino con casco y el capote militar remangado sobre el hombro.

2 CICERO: *De Senectute*, X.—Sueton.: *César*, 2.

3 DUREY: *Hist. des Romains*, t. IV, p. 5, nota 2.

4 A. DE BROGLIE: *L'Eglise et l'Empire romain*, t. II, p. 193.

5 Sueton.: *Tiber.*, 46.

era por esto harto delicada y más peligrosa en un tiempo en que todo dependía del capricho de un tirano superior y rencoroso. Sostenido hasta entonces á pesar de las reclamaciones de los Judíos, pero ya sospechoso, le faltaba poco para caer en desgracia, y ya se sabe lo que en aquella época significaba caer en *desgracia*. Otros más enérgicos tenían que doblegar la conciencia y el derecho ante la cólera del reluso de Capre; Poncio Pilatos no había recogido toda la herencia de Telesino y Aquila.

Su mujer, Claudia Procla¹, nos es conocida por la leyenda y por el Evangelio. La leyenda, muy honrosa para Francia, no



Claudia Procla.

tiene el valor de un documento histórico, á lo menos en su conjunto, y lo mejor es no apoyarse mucho en ella. El Evangelio, preciso es confesarlo, está enigmático, pero deja ver claramente la simpatía que la romana tenía al *Justo* á quien veía padecer. Esto honra muy mucho á Claudia, y esta bondad de alma predispone en favor de la leyenda. Ella, además, tenía *demasiadas virtudes para dejar de ser cristiana*².

El Gabinete de Francia posee una obra de buril de jaspe rojo, que representa á una joven de fisonomía dulce y firme, cuyo nombre, grabado en caracteres griegos es *Procla*³, el de la esposa de Pilatos. Los ojos de persona meditabunda, y sus labios cerrados como para retener un secreto, hacen pensar, naturalmente, en la misteriosa visión que menciona San Mateo. Es evidentemente un

¹ Mejor que *Prácula*, según nos parece, aunque pudiera decirse lo uno y lo otro.

² CORNELLE Polyeucte.

³ ΠΡΟΚΛΑ.—CHAROUILLET (Suplemento, núm. 3599) atribuye esta imagen á Lucilla, hija de Marco Aurelio y esposa de Lucio Vero. Según el nombre *Procl* sería el del grabador; pero basta con mirar la obra para ver que esta inscripción no puede ser una firma.

retrato, pero ¿es el de Claudia Procla? Esto es lo que no se puede decidir: nosotros entregamos este problema á la sagacidad de los inteligentes.

La raza de los Claudios se fué á concluir en la sangre y el lodo con Nerón: la de los Poncios siguió el mismo camino, para venir á parar en igual fin. Pilatos, destituido por Vitelio, legado de Syria, volvió á Roma, donde Caligula reemplazaba á Tiberio: desterrado á las islas Gaules, murió allí de muerte violenta, según Eusebio¹; y arrepentido, según otras tradiciones más consoladoras pero poco fundadas. No hay quien no conozca la leyenda del monte Pilato, á cuyo pie se dice que está enterrado el juez prevaricador, en un sepulcro perennemente conmovido. Sólo para recuerdo hablaremos aquí de su pretendida carta á Tiberio, cuya historia se funda en la costumbre que tenían los gobernadores romanos de dar al poder central cuenta de los casos importantes que acontecían en sus provincias. Parece cierto que Pilatos escribió á Tiberio en aquella ocasión. Pero el texto de su relación, tal como nos le dan ciertos escritores, puede juntarse en el panteón del olvido con el otro del decreto pronunciado desde lo alto del *bema* en el patio de la Antonia.

La desgracia de Poncio Pilatos, ¿acarreó consigo la de los suyos, ó fué consecuencia de la propia desgracia de ellos? No lo sabemos; pero debemos á Tácito la noticia de que Poncio Fregelano fué expulsado del Senado por orden de Tiberio². Verdad es que esto era una aventura común en aquellos tiempos, y la fortuna de los Poncios no parece que sufrió gran cosa por ello: les encontramos más adelante asombrando á Roma con su fausto y sus desarreglos.

Á su raza pertenecía la Poncia de quien habla Juvenal³, muy abominable á quien el poeta echa en cara haber envenenado á sus dos hijos. La maldición de Dios pesaba sobre esta familia desde el día en que Pilatos entregó la sangre inocente, y su historia se cerraría con una página vergonzosa, si el martirologio no conservara la memoria de dos mártires que parecen haber pertenecido á aquella: el diácono Poncio cuya muerte siguió de cerca á la de su Obispo San Cipriano⁴, y el simple fiel del mismo nombre que confesó la fe en las Galias bajo el reinado de Galerio y Valeriano⁵. Por incierta que sea esta filiación, nos complacemos en pensar que el heroísmo de los últimos Poncios borró la mancha que en su nombre habían echado sus Padres.

¹ *Histor. Eccles.*, lib. II, 7.

² *Annal.*, VI, 48.

³ *Satir.* VI, 638-642.—Era hijo de Poncio Drymio.—Cf. FABRICIUS: *Antiq.* 234.

⁴ El 8 de Marzo. Escribió la historia de la vida y el martirio de San Cipriano.

⁵ El 11 de Mayo. Se le atribuye la conversión de los dos Felipes, padre é hijo, que reinaron juntos del 244 al 249.